

“Territorios Insurgentes”: La dimensión territorial en los movimientos sociales de América Latina.

Juan Wahren.

Cita:

Juan Wahren (2011). *“Territorios Insurgentes”: La dimensión territorial en los movimientos sociales de América Latina. IX Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-034/665>

IX Jornadas de Sociología de la UBA
Capitalismo del Siglo XXI, Crisis y Reconfiguraciones

Luces y Sombras en América Latina

Facultad de Ciencias Sociales

Universidad de Buenos Aires

Mesa 57 "Movimientos sociales y las disputas por los territorios y los bienes comunes en América Latina"

"Territorios Insurgentes": La dimensión territorial en los movimientos sociales de América Latina.

Juan Wahren¹

Email: juanwahren@yahoo.com.ar

Resumen

En este trabajo damos cuenta de los procesos de territorialización de los movimientos sociales de América Latina así como de las reconfiguraciones identitarias de los actores sociales que disputan el territorio y sus sentidos simbólicos, en confrontación e interlocución con otros actores que también actúan en el territorio, por ejemplo, el Estado, empresas extractivas transnacionales (petroleras, forestales, mineras, agronegocios, etc.) y Organizaciones No Gubernamentales (ONG's). En este sentido, aportamos a las discusiones acerca de la dimensión territorial para comprender algunas características de los movimientos sociales que enfrentan los procesos de "acumulación por despojo" del capitalismo transnacional en América Latina. De esta manera proponemos una definición particular al territorio habitado y practicado preponderantemente por los movimientos sociales a través del despliegue de "campos de experimentación" que conforman lo que llamamos "territorios insurgentes". Al mismo tiempo, caracterizamos a los procesos de apropiación territorial por parte de las empresas transnacionales a los cuales los denominamos como "territorialidad extractiva". En el marco de estas disputas entre diferentes actores sociales proponemos una definición del territorio como un espacio geográfico atravesado por relaciones sociales, políticas, culturales y económicas que es resignificado constantemente- a través de relatos míticos- por los actores que habitan y practican ese espacio geográfico, configurando un escenario territorial en conflicto por la apropiación y reterritorialización del espacio y los recursos naturales que allí se encuentran.

Insurgente: Levantado o sublevado.
Insurrección: Sublevación, levantamiento o rebelión de un pueblo contra las autoridades.

Diccionario de la Real Academia Española

La latencia en el territorio

Para analizar la problemática de los movimientos sociales en y desde el contexto latinoamericano, Maristella Svampa (2008) plantea cuatro dimensiones características de los movimientos sociales en nuestro continente: la territorialidad, la acción directa disruptiva, la demanda de autonomía y el desarrollo de formas de democracia directa. En este trabajo nos interesa ahondar en la dimensión de la territorialidad. Para ello utilizamos el concepto de “movimiento socioterritorial” del geógrafo brasileño Bernardo Mançano Fernandes (2005) el cual nos permite focalizarnos sobre los movimientos sociales que hacen del territorio un espacio de construcción social y de dotación de sentido. En este sentido, consideramos con Zibechi (2003) que la presencia del territorio y la cultura de los actores subalternos en los intersticios de las relaciones de dominación, son las que habilitan los procesos autonómicos. En estos casos es dónde se introduce la problemática del territorio como un espacio en disputa, construido por actores sociales antagónicos que resignifican ese espacio geográfico determinado, lo habitan, lo transforman, lo recrean de acuerdo a sus intereses, formas de vida y de reproducción social.

Así, los territorios se conforman como espacios geográficos pero al mismo tiempo se constituyen como espacios sociales y simbólicos, atravesados por tensiones y conflictos. El territorio aparece dotado de sentidos políticos, sociales y culturales. En efecto, “el territorio no es simplemente una sustancia que contiene recursos naturales y una población (demografía) y, así, están dado los elementos para constituir un Estado. El territorio es una categoría densa que presupone un espacio geográfico que es construido en ese proceso de apropiación-territorialización- propiciando la formación de identidades- territorialidades- que están inscriptas en procesos que son dinámicos y mutables; materializando en cada momento un determinado orden, una determinada configuración territorial, una topología social” (Porto Goncalves, 2002:230, nuestra traducción). Complementando esta definición, retomamos a Mançano Fernandes quien plantea que el territorio es un “espacio apropiado por una determinada relación social que lo produce y lo mantiene a partir de una forma de poder (...) El territorio es, al mismo tiempo, una convención y una confrontación. Exactamente porque el territorio pone límites, pone fronteras, es un espacio de conflictualidades” (2005:276, nuestra traducción). Así, el territorio es mucho más que un espacio geográfico, se encuentra cargado de sentidos y formas de ser rehabilitado y

reconstruido, y es esta multiplicidad de usos y sentidos la que se expresa, en muchas ocasiones, a modo de disputa territorial.

En efecto, creemos que este anclaje territorial es una de las características singulares de los movimientos sociales de América Latina, esta reterritorialización en parte es producto del avance del capital, es “la respuesta estratégica de los pobres a la crisis de la vieja territorialidad de la fábrica y la hacienda, y a la reformulación por parte del capital de los viejos modos de dominación” (Zibechi, 2003b), pero de alguna manera es también una apuesta o elección de los propios movimientos que recuperan y resignifican políticamente sus territorios al tiempo que construyen o resignifican políticamente sus identidades como campesinos, indígenas, trabajadores desocupados o piqueteros, vecinos autoconvocados, etc. Así, para los movimientos sociales de América Latina, “el territorio aparece como un espacio de resistencia y también, progresivamente, como un lugar de resignificación y creación de nuevas relaciones sociales” (Svampa, 2008:77).

Desde esta construcción particular y contingente que se desarrolla en los momentos de latencia de los movimientos, es que podemos pensar a los espacios en los cuales algunos movimientos sociales interactúan, como “territorios en disputa”. En estos territorios los movimientos sociales despliegan su potencia política, construyen los “laboratorios clandestinos para el antagonismo y la innovación” de los que nos habla Melucci (1994b) para describir los momentos de latencia. En definitiva, los movimientos sociales “territorializados” complejizan e innovan, creando en esas prácticas desplegadas en el territorio otros modos de pensar y practicar la economía, la salud, la educación, la política, la cultura, etc. Otra autora, la economista mexicana Ana Esther Ceceña, plantea esta cuestión en términos similares entendiendo al territorio donde construyen sus prácticas los movimientos sociales como un “territorio complejo”, donde éste es entendido como un “espacio material y simbólico de asentamiento y creación de la historia y la cultura, así como de la construcción de utopías colectivas y alternativas societales, es el punto de partida de la construcción de identidades y el lugar donde se forjan las comunidades de destino (Otto Bauer), el origen de los significantes primarios de la simbólica regional (Giménez, s/f) y el espacio de derecho, libertades y posibilidades para vivir y crecer en la propia cultura (Robles, 1998:2). El diseño de una nueva geografía y la construcción/modificación de los modos de uso del territorio implican entonces una transformación profunda de las relaciones sociales, de las relaciones entre naciones, de las historias y culturas regionales y del imaginario colectivo como expresión del juego de fuerzas entre las distintas visiones del mundo” (2001b: 13)

En este sentido, aquellos movimientos que se plantean algún tipo de construcción política, social, económica y/o cultural en el territorio en el que interactúan, necesariamente entran en conflictualidad con un “otro” que también disputa el territorio, lo modela y lo controla; la “construcción de un tipo de territorialidad significa, casi siempre, la destrucción de otro tipo de territorialidad, de modo que la mayor parte de los movimientos socio – territoriales se forman a partir de procesos de territorialización y desterritorialización” (Fernandes,

2005:279, nuestra traducción). Estos procesos comportan tanto transformaciones en el territorio como en los actores en disputa. En este sentido es que puede pensarse a los movimientos sociales que luchan por los recursos naturales o por demandas arraigadas en una identidad territorial como “socioterritoriales”, como movimientos que procuran demarcar y controlar sus territorios, generalmente en disputa con otros actores sociales como el Estado y/o empresas multinacionales. Así puede afirmarse que “el territorio es un espacio de vida y de muerte, de libertad y de resistencia. Por esa razón carga en sí su identidad, que expresa su territorialidad” (Fernandes, 2005:278, nuestra traducción)

Consideramos también que el proceso de resignificación del territorio, con sus particularidades, adquiere dimensiones performativas para los movimientos sociales, ya que pone en práctica nuevas formas de organizar lo social, lo económico y lo político. En definitiva, al poner en práctica estos “campos de experimentación social” (Santos, 2003), los movimientos sociales dan cuenta en lo cotidiano de estos *nuevos mundos* que se proponen construir. El territorio aparece, entonces, como una esfera donde la acción de los sujetos, implica nuevas reconfiguraciones que escapan, contingentemente, a los propios sentidos de los actores, participen o no dentro de los movimientos sociales en cuestión. La construcción de viviendas, la defensa de bosques, o fuentes de agua dulce, los proyectos productivos autogestionados, la creación de escuelas, etc.; habilitan novedosas lecturas de los actores que se aglutinan alrededor de ese territorio, al apropiarse de esa resignificación, la fortalecen, la complementan y/o la disputan; pero de todas maneras se construye una “interface territorial” desde la cual el territorio y las identidades sociales pueden ser redefinidas. El territorio es, entonces, un espacio complejo, atravesado por las relaciones entre distintos actores sociales, provenientes de diversos anclajes estructurales con asimetrías de recursos materiales y simbólicos; un espacio complejo atravesado por el conflicto y la propia indeterminación de lo político y lo social.

Como dijimos anteriormente, este proceso de territorialización de los movimientos sociales genera una disputa concreta en el territorio; una disputa que adquiere, entonces, un sentido político. Esta disputa en la “interface territorial” implica así una confrontación de mundos sociales y políticos con otros actores (por ejemplo, el Estado, empresas petroleras y de agronegocios, emprendimientos forestales, etc.) que nos interesa comprender en este trabajo. Estos movimientos sociales territorializados; campesinos, pueblos indígenas, trabajadores desocupados, etc.; emergen con fuerza en el espacio público enfrentando a los escenarios estructurales contruidos desde las políticas neoliberales. La tierra y los recursos naturales que se encuentran en estos territorios, resultan en la actualidad en elementos estratégicos para la reproducción del sistema económico hegemónico. Así, “la desterritorialización productiva (a caballo de las dictaduras y las contrarreformas neoliberales) hizo entrar en crisis a los viejos movimientos, fragilizando sujetos que vieron evaporarse las territorialidades en las que habían ganado poder y sentido. La derrota abrió un período, aún inconcluso, de reacomodos que se plasmaron, entre otros, en la reconfiguración del espacio físico. El resultado, en todos los países aunque con diferentes intensidades,

características y ritmos, es la re-ubicación activa de los sectores populares en nuevos territorios ubicados a menudo en los márgenes de las ciudades y de las zonas de producción rural intensiva” (Zibechi, 2003b:186).

Es este mismo anclaje territorial o esta construcción de territorialidad la que da una característica singular a estos movimientos, y, a modo de hipótesis, podemos reflexionar si no es esta misma territorialidad la que permite a estos movimientos reconstruir identidades y lazos sociales de manera perdurable en el tiempo (y en un territorio específico). De esta manera los movimientos son capaces de construir una alternativa a lo que definimos como la “encrucijada de los movimientos sociales”. Esta idea señalada por diversos autores² plantea que, por un lado, los movimientos sociales tienden hacia la institucionalización política; por medio de la formación o incorporación en partidos políticos y/o organizaciones y redes no gubernamentales o por medio de la incorporación a algún nivel de gestión estatal. O, por otro lado, plantean que la otra posibilidad de los movimientos sociales es la tendencia a la conformación de un esquema “autorreferencial”, es decir, un proceso de estancamiento en torno a sus demandas específicas o “corporativas”. En la protesta social se expresa “el carácter incompleto de la representación formal. Sin embargo, la propia protesta puede volverse rutinaria y adquirir una forma normalizada en la construcción y planteo de las demandas sociales orientada al sistema político. La protesta social es en sí misma una forma de ruptura del orden establecido, pero tal ruptura puede conducir por distintos caminos. Puede ser una revolución, puede ser una revuelta con consecuencias institucionales, puede ser un estallido y no ir más allá, puede ser una expresión circunstancial de demandas insatisfechas y sin cauce formal de manifestación, puede devenir en un movimiento social o político y consolidarse en el tiempo o puede sencillamente volverse una forma rutinizada de la acción política o social, dando lugar a una normalización de un espacio de representación informal” (Schuster, 2005:77). En cambio, nosotros consideramos que, aunque los movimientos sociales siempre se encuentren en una tensión entre la institucionalización y el proceso de autorrestricción; perdiendo en ambos casos su faceta antisistémica, es decir, sus características disruptivas y su radicalidad; es justamente el proceso de territorialización de los movimientos sociales el que habilita una alternativa a esta encrucijada. En efecto, esta territorialización, a nuestro entender, le brinda a los movimientos sociales la posibilidad de recrear otros “mundos de vida” (Leff, 2002), reconfigurar nuevos sentidos y formas de sociabilidad, generar “campos de experimentación social” (Santos, 2003) que actúan como ensayos prácticos de las demandas y luchas de los propios movimientos sociales. Así, prácticas más o menos autónomas, más o menos disruptivas en ámbitos como la educación, la salud, la economía alternativa, o la cultura, entre otros, son desplegadas en el territorio por los movimientos sociales. De esta manera, los movimientos sociales, logran, al menos potencialmente, mantener su carácter disruptivo y antagonista al sistema institucional, sin “encerrarse” necesariamente discursos y prácticas autorrestringidas o en procesos de institucionalización de sus acciones colectivas y demandas. Estos “campos de experimentación” de los movimientos sociales “territorializados” cobran un sentido político en cuanto plantean hacia el conjunto

de la sociedad un ejemplo de formas alternativas -a la vez que posibles- de organización que aparecen en disputa con las formas organizativas cristalizadas del sistema hegemónico. Generalmente, estas experiencias mantienen relaciones y demandas con respecto al Estado y la institucionalidad política, pero no quedan necesariamente subsumidas a las lógicas políticas de las instituciones sistémicas. En definitiva, se trata de dejar abierta la posibilidad de que ocurran cambios sociales y políticos más allá de las instituciones establecidas. Asimismo, resulta interesante interrogarse si es posible que, a partir de estos “campos de experimentación social” (de Sousa Santos, 2003), los movimientos sociales puedan articularse políticamente, es decir devenir en “actores políticos” capaces de cuestionar la “gramática del poder” (Giarracca, y Teubal, 2006); el “pacto fundante” del capitalismo (De Ípola, 1997 y 2001), construyendo novedosas alternativas políticas y sociales desde sus territorios. A modo de hipótesis, nos interesa reflexionar acerca de la reconfiguración de identidades que se genera en el propio proceso de organización, acción colectiva y construcción de territorialidad, es decir, como un proceso que genera un reforzamiento de identidades en el plano social, pero también configura a los movimientos sociales como actores políticos (Merklen, 2005). Nuestra apuesta teórica es, entonces, que el proceso de territorialización habilita a los movimientos sociales a continuar con una de sus características principales que es la disruptividad en relación con la sociedad hegemónica. La acción colectiva habilita la construcción de un “nosotros”, de una nueva identidad política disruptiva y recursiva que se da en los momentos de irrupción en el espacio público, a la vez que las experiencias territoriales de los movimientos retroalimentan los momentos de visibilidad y reconfiguran también las identidades políticas y sociales.

Si bien Melucci reflexiona en torno a movimientos sociales que pugnan por los recursos de información y comunicación; extrapolamos esta idea para reflexionar sobre las disputas de los movimientos sociales por el territorio, entendiendo que es allí donde “surgen las demandas de autonomía que impulsan la acción de los individuos y grupos, donde éstos plantean su búsqueda de identidad al transformarlos en espacios reapropiados donde se auto realizan y construyen el significado de lo que son y lo que hacen” (1994b:111). En este sentido, también resulta importante advertir que la protesta social puede pasar de ser un acontecimiento novedoso y disruptivo a ser un evento normalizado, sedimentado; logrando, o no; la expansión de derechos sociales, políticos y/o democráticos. Lo que nos interesa destacar, en este caso, es que si este proceso de “normalización” se configura en un determinado territorio, y esa territorialidad opera de manera disruptiva, lo que se “institucionaliza” entonces es esa misma disruptividad. Por lo tanto, si es posible la conformación en el propio territorio de una nueva institucionalidad, ésta resulta en una “institucionalidad disruptiva”, en el sentido de que se reterritorializa una nueva forma de reproducción de la vida en esos territorios. Cabe señalar que estos proyectos son procesos inacabados, que configuran potencialmente nuevas formas de sociabilidad, y por eso mismo son experiencias marcadas por la incertidumbre y la contingencia del propio devenir de los procesos que se encuentran construyendo estas experiencias ancladas en los territorios.

En definitiva, el planteo de la llamada “encrucijada de los movimientos sociales” implica una crítica hacia una supuesta “ineficacia” política de los movimientos sociales. Esta crítica parte, desde nuestro punto de vista, de un enfoque restringido tanto de lo que consideran como “lo político” así como de la esfera de la acción colectiva y la incidencia de los movimientos sociales en el conjunto de la sociedad. Así, involuntariamente o no, se desvalorizan e invisibilizan esos espacios de producción de política e identidad que se genera en los momentos de latencia de los movimientos sociales, generando “un enfoque que se concentra exclusivamente en los aspectos medibles de la acción colectiva, es decir, en la relación con los sistemas políticos y los efectos sobre las directrices políticas, mientras que descuida o infravalora todos aquellos aspectos de esa acción que consisten en la producción de códigos culturales; y todo ello a pesar de que la elaboración de significados alternativos sobre el comportamiento individual y colectivo constituye la actividad principal de las redes sumergidas del movimiento, además de la condición para su acción visible.” (Melucci, 1994:125). Finalmente, creemos que los territorios, disputados y reapropiados por los actores sociales, son lugares por excelencia, aunque no los únicos, para la construcción y la experimentación de estas “redes sumergidas” de los movimientos sociales de nuestro continente.

La construcción del territorio como espacio mítico

Para desentrañar las dinámicas del surgimiento y consolidación de los movimientos sociales, resulta interesante indagar acerca de los imaginarios sociales de los actores que protagonizan las acciones colectivas. Para esto tomamos la idea de mito planteada tangencialmente por Ernesto Laclau, para quien éste es definido como “un espacio de representación que no guarda ninguna relación de continuidad con la ‘objetividad estructural’ dominante. El mito es así un principio de lectura de una situación dada, cuyos términos son *externos* a aquello que es representable en la espacialidad objetiva que constituye a una cierta estructura; la condición ‘objetiva’ de emergencia del mito es, por ello, una dislocación estructural. El ‘trabajo’ del mito consiste en suturar ese espacio dislocado, a través de la constitución de un nuevo espacio de representación. La eficacia del mito es esencialmente hegemónica: consiste en constituir una nueva objetividad a través de la rearticulación de los elementos dislocados. Toda objetividad no es, por lo tanto, sino un mito cristalizado” (2000:77). Así el mito funciona como un agente dislocador y desestructurante de una objetividad estructural determinada. El espacio mítico “se presenta como *alternativa* frente a la forma lógica del discurso estructural dominante” (2000:78). Pero el mito no es una opción plenamente constituida frente a otro sistema estructurado dominante, sino que justamente se opone a los efectos desestructurantes de la estructura dominante. Así, el mito surge como crítica a las fallas en la estructuración dominante. En este sentido, el espacio mítico tiene una doble función, “por un lado él es su propio contenido literal – el nuevo orden propuesto -; por el otro, este orden simboliza el principio mismo de la espacialidad y la estructuralidad” (2000:78). El mito así, seduce por una idea de plenitud que la realidad de la estructura dominante y sus fisuras no pueden otorgar. Es así como los mitos

funcionan como aglutinadores de las dislocaciones, de las reivindicaciones sociales de diferentes sujetos; al tiempo que son esencialmente incompletos, “su contenido se reconstituye y desplaza constantemente” (2000:79).

En este sentido es que Laclau habla de un doble movimiento del espacio mítico: por un lado al encarnar la forma de la plenitud impone en forma hegemónica un orden social determinado pero, al mismo tiempo, es a esta misma forma de plenitud hacia la cual se le presentarán nuevas dislocaciones y, por ende, se constituirán nuevos mitos dislocadores y demandas que pondrán en cuestión a ese mito cristalizado como estructura dominante. Los sujetos aglutinados en un mito dislocador, una vez que este mito se cristaliza, son reabsorbidos por la nueva estructura hegemónica hasta que otro agente “exterior” ponga en cuestión las fallas y dislocaciones del mito cristalizado. En este sentido, la relación entre “el contenido específico del espacio mítico y su función de representación de la forma general de la plenitud es una relación *radicalmente* hegemónica e inestable y expuesta a un ‘exterior’ que ella es *esencialmente* incapaz de dominar” (2000:82). El mito es, entonces, constitutivo de toda sociedad posible, “es mítico todo espacio que se constituye como principio de reordenamiento de los elementos de una estructura dislocada. Su carácter mítico le está dado por su radical discontinuidad con las dislocaciones de las formas estructurales dominantes” (2000:83). En definitiva, debido a esta doble condición consolidadora a la vez que dislocadora aparentemente contradictoria; el mito puede ser una herramienta de consolidación de una estructura dominante, pero también pueden habilitar procesos de cambios estructurales en pos de un horizonte emancipatorio (que, vale señalar, según el autor nunca cristalizará en una nueva estructura totalmente “suturada”). En los términos de Laclau éste sería el efecto dislocador del mito en las sociedades contemporáneas; sociedades que, cada vez más, necesitan de los mitos para (re)constituirse como tales. De esta manera, los mitos habilitan, potencialmente, penetrar en las fisuras de la estructura dominante para transformarla y construir proyectos contrahegemónicos; “el futuro es ciertamente indeterminado y no nos está garantizado; pero por eso mismo no está tampoco perdido” (2000:98). En efecto, la posibilidad de un cambio social es, en todo caso, contingente al devenir de las acciones colectivas y actores sociales que se articulen políticamente y logren plantear alternativas allí donde el sistema se ve impedido de generar respuestas que lo relegitimen desde las estructuras institucionales de la política.

En la actualidad, “nos enfrentamos con una fragmentación creciente de los actores sociales, pero esta fragmentación, lejos de ser el motivo para ninguna nostalgia de la ‘clase universal’ perdida, debe ser la fuente de una nueva militancia y de un nuevo optimismo. Uno de los resultados de la fragmentación es que las diversas reivindicaciones sociales adquieren una mayor autonomía y, como consecuencia, confrontan al sistema político de un modo crecientemente diferenciado” (2000:97). En este sentido,

Podemos pensar que la forma de *habitar* esos territorios por parte de los movimientos sociales ha ido construyendo nuevos mitos sobre el territorio, mitos

ligados a la recuperación de ese territorio y de los lazos sociales perdidos. Los sujetos sociales que componen los movimientos sociales resignificaron su identidad social y política atravesada por la pauperización y la *desafiliación social* pero también por las acciones colectivas, y una nueva forma de habitar el territorio, este es el *mito* que, de alguna manera intenta constituir una nueva territorialidad que recupere los lazos sociales que se quebraron, un mito que se encuentra imbricado entre los procesos de acción colectiva y los procesos de autogestión productiva y comunitaria; ambos ligados al proceso de reterritorialización de la organización social. En este sentido, cabe resaltar la idea de que estos procesos de acción colectiva se encuentran arraigados en diferentes tradiciones y experiencias de conflicto y de organización. En efecto, en los movimientos sociales coexisten identidades políticas y sociales, repertorios de acción, mitos articuladores/dislocadores, etc. De alguna manera, estas dimensiones coexisten en el seno de los movimientos sociales, aún en el marco de la conformación de nuevas identidades, y cambios en las demandas y estrategias de acción colectiva. De esta manera, “fragmentos de experiencia, de historia pasada, de memoria coexisten dentro del mismo fenómeno empírico y se convierten en elementos activadores de la acción colectiva. Las huellas del pasado que persisten en los fenómenos contemporáneos nos son simples legados históricos ni vestigios sobre los que se construyen nuevos desarrollos, sino que contribuyen a configurar nuevas pautas de acción colectiva donde coexisten o se combinan los elementos históricos y culturales” (Melucci, 1994b:134).

Comprender cuáles son las características particulares que asumen algunos de los movimientos sociales en América Latina, nos lleva a plantear nuestras reflexiones desde un punto de vista específicamente “situado” en nuestro propio continente, en el sentido que plantean algunos autores del pensamiento descolonial o postcolonial (Quijano, 2003; Mignolo, 2003) de reflexionar críticamente desde las ciencias sociales situados en una posición periférica, “situados desde el sur”, con una mirada atenta, al tiempo que crítica y reflexiva, con respecto a las miradas eurocéntricas. En este sentido, podemos observar que los territorios en América latina aparecen en primera instancia signados por el Estado Nación que surge de los procesos de independencia del siglo XIX. Es el Estado Nación el agente ordenador de los territorios de la antigua colonia y de aquellos nuevos territorios incorporados por medio de la conquista sobre los últimos pueblos indígenas libres. Este proceso de reordenamiento territorial- de reterritorialización- signado por el Estado Nación tuvo múltiples facetas narrativas- míticas- y múltiples dimensiones en su intervención en el territorio (militar, cultural, educativo, sanitario, económico y político). Por ejemplo en Argentina, la narrativa alrededor del “Desierto” para nominar los territorios conquistados a los pueblos indígenas que habilitó el reordenamiento económico concreto de esos territorios en torno a grandes haciendas ganaderas. Este proceso de territorialización del Estado Nación se cristaliza como una territorialidad hegemónica que contiene de manera subalterna esas otras formas de habitar y practicar el territorio. De esta

manera se va conformando un territorio yuxtapuesto, atravesado por distintas territorialidades que se encuentran invisibilizadas pero no desterradas de ese espacio geográfico determinado.

Con la crisis del Estado Nación aparecen nuevas formas hegemónicas de ocupar esos territorios ligadas al avance sobre los recursos naturales por parte de empresas transnacionales y del agronegocio, esta nueva territorialidad “neoliberal/transnacional” reterritorializa nuevamente esos territorios y en ese avance no sólo cuestiona la territorialidad del Estado Nación, sino que pone en jaque a esas otras formas de habitar y practicar el territorio que se encontraban soterradas. Esta nueva reterritorialización en disputa es la que habilita la resignificación de viejas identidades y la conformación de otras nuevas conformándose así un “territorio abigarrado”³ que contiene en conflictividad permanente a diferentes actores sociales que practican y habitan de modo diferenciado- y en muchos casos de manera mutuamente excluyente- esos territorios. Estas diferencias implican, en muchos casos, modos particulares de disputa territorial y modos yuxtapuestos de resignificar esos territorios, constituyendo así territorios abigarrados, atravesados por conflictos, negociaciones, donde existen modos hegemónicos y modos subalternos de habitar y practicar los mismos.

Construyendo definiciones acerca del territorio

De este modo se producen continuos procesos de territorialización, desterritorialización y reterritorialización de sucesivos actores sociales con sus propias formas de significar y utilizar esos territorios, conformando un entramado complejo de territorialidades yuxtapuestas que expresan esas diferentes formas de habitarlo. Estos territorios se encuentran- en su gran mayoría- atravesados hegemónicamente por el capitalismo y la colonialidad que construye su propio relato mítico, su universo de sentido otorgado a esos territorios. A su vez, otras formas de habitarlo y practicarlo se encuentran de manera subalterna al esquema hegemónico de la territorialización, por caso, la territorialidad campesina, la indígena o la de los trabajadores desocupados. Estas territorialidades se mantienen en el subsuelo, soterradas e invisibilizadas pero latentes y frente a la conflictividad emergen nuevamente como alternativas, con sus propios universos de sentido, con sus propios mitos acerca del territorio. Para los movimientos sociales estos diferentes modos de habitar y practicar el territorio no son fijos, sino que se encuentran en permanente cambio y adaptación a partir de diferentes estrategias de negociación y conflicto con la territorialidad hegemónica. En algunos casos los movimientos sociales logran desplegar procesos de reterritorialización donde se plasman las prácticas y significaciones subalternas para reconfigurar el territorio de forma preponderante por parte de los movimientos sociales. A esta territorialidad específica de los movimientos sociales la nominamos como “territorios insurgentes”. Para comprender la radicalidad de estas formas de habitar y practicar los territorios como interrupción de la

territorialidad hegemónica retomamos la idea de “política salvaje” (Tapia, 2008) que da cuenta de aquellas formas de acción colectiva radicalmente disruptivas del orden social que introducen en el conflicto social una “proliferación de principios y prácticas de desorganización de la dominación, de los monopolios y de las jerarquías” (Tapia, 2008:126). La irrupción de la “política salvaje” tiene una temporalidad acotada tanto en su forma de resistencia a las instituciones de dominación como en su forma de crítica radical civilizatoria y del orden social hegemónico, en ese sentido Tapia afirma que la “política salvaje es nómada” (2008:118), ya que no se fija en el tiempo ni en el espacio sino que es la irrupción política de la “masa” donde se cancela el orden social y se desordena la civilización. Sin embargo, al extrapolar esta noción hacia la dimensión del territorio creemos que esta idea puede implicar una forma política de intervención por parte de los movimientos sociales manteniendo su carácter radical y disruptivo en una continuidad espacio-temporal específica: el territorio habitado y practicado por los actores sociales subalternos que construyen una insurgencia social anclada en las prácticas de autogestión de los territorios. Podemos hablar entonces de “territorios insurgentes” cuando analizamos aquellos territorios practicados de manera preponderante por los movimientos sociales, donde se ponen en práctica “campos de experimentación social” (de Sousa Santos, 2003) que van “más allá” de los esquemas del sistema/mundo colonial y capitalista sobre los territorios y donde las relaciones entre quienes habitan esos territorios y la naturaleza se da en torno a relaciones de reciprocidad, signados por la capacidad de los propios actores sociales de autogestionar esos territorios y los recursos naturales que allí se encuentran. Un ejemplo de esto es el proceso de desmercantilización de la tierra que producen los movimientos sociales en general- y los pueblos indígenas en particular- en los territorios recuperados. De esta manera, el carácter disruptivo de la “política salvaje” encuentra un espacio donde desarrollarse plenamente conformando un nuevo orden social, político, económico y cultural anclado en el territorio y con una duración temporal mayor a la de la irrupción en la esfera pública como rebelión o acontecimiento. Retomando la idea de latencia, el territorio habilita una dimensión creativa y disruptiva para los movimientos sociales donde se recrean prácticas y discursos más allá de la política institucional y con una temporalidad que trasciende las acciones colectivas de protesta. A su vez, esta territorialidad subalterna, al no estar escindida del conjunto de la sociedad mantiene la disruptividad en relación al sistema/mundo hegemónico que signa la territorialidad. En este sentido, los “territorios insurgentes” no se encuentran exentos de conflictividad social pues si bien las formas predominantes de habitarlo y practicarlo están signadas por los movimientos sociales, la territorialidad capitalista/colonial continúa atravesando esos territorios en sus múltiples dimensiones, aunque no de manera hegemónica. En este sentido no pueden entenderse a los “territorios insurgentes” como territorios aislados y sin conflictividad, sino inmersos en las disputas de los movimientos sociales con los distintos actores antagónicos que se enfrentan en el territorio: el estado, empresas transnacionales, ONG’s, etc.

Así, definimos al territorio como un espacio geográfico atravesado por relaciones sociales, políticas, culturales y económicas que es resignificado constantemente-

a través de relatos míticos- por los actores que habitan y practican ese espacio geográfico, configurando un escenario territorial en conflicto por la apropiación y reterritorialización del espacio y los recursos naturales que allí se encuentran. Se configura en definitiva un territorio yuxtapuesto atravesado por relaciones de diálogo, dominación y conflicto entre diversos actores sociales, así como por sus diversos modos de utilizar y significar esos mismos territorios y recursos naturales. El territorio aparece entonces como una categoría compleja, móvil y en permanente movimiento y proceso de resignificación y disputa. En efecto, la idea de territorio no puede separarse de la noción de conflicto entre diferentes actores sociales en un proceso dinámico de territorialización, desterritorialización y reterritorialización que implica a su vez una resignificación de las identidades sociales de los actores que habitan y practican esos territorios. En última instancia, el territorio es un espacio multidimensional donde los actores sociales producen y reproducen la cultura, la economía, la política, en definitiva, la vida en común.

Los movimientos sociales que disputan territorios, disputan esas formas de producir y reproducir la vida en común de manera antagónica a los actores sociales hegemónicos ligados a la dominación cultural, política y/o económica que comportan otras formas de practicar y significar al territorio, excluyentes de los modos de ser y estar de los movimientos sociales en esos espacios de vida. Los movimientos sociales configuran un territorio, un espacio-tiempo de la subalternidad como experiencia alternativa al orden territorial hegemónico. De este modo podemos afirmar que existen diferentes modos yuxtapuestos de habitar y practicar los territorios. Los modos hegemónicos, ligados a las lógicas del sistema/mundo capitalista/colonial y las formas subalternas de territorialidad, ligadas a las experiencias particulares de distintos actores sociales. Cuando los movimientos sociales practican y habitan esos territorios de manera preponderante frente a las lógicas hegemónicas despliegan su dimensión creativa a partir de sus propias lógicas sociales, políticas, económicas y culturales, ligadas a formas de autogobierno, autogestión y autonomía. En definitiva, cuando esa territorialidad subalterna es resignificada- en tanto experiencia vital de los propios actores sociales a la vez que experiencia alternativa y disruptiva con las formas hegemónicas- como un “campo de experimentación social”, es cuando la nominamos como “territorio insurgente”.

A su vez, denominamos como “territorialidad extractiva” a aquellas formas de despliegue territorial hegemónicas del sistema/mundo capitalista/colonial ligadas a la explotación de los recursos naturales por parte de empresas nacionales y/o transnacionales que implican reconfiguraciones territoriales y cuya lógica de acumulación se encuentra signada por el aprovechamiento ilimitado de los recursos naturales y la consiguiente devastación del entorno físico y biológico de ese espacio geográfico y el despojo y la exclusión de los otros actores sociales que habitan y practican esos territorios. Los actores paradigmáticos de esta lógica de intervención en el territorio son las empresas de hidrocarburos, del agronegocios, forestales y mineras. Esto no significa que estos actores se “territorialicen” pues no existe una relación con un territorio específico, sino que su

intervención se encuentra ligada a cualquier territorio donde existan los recursos naturales necesarios para su actividad. Sin embargo son sus acciones las que desterritorializan y reterritorializan los espacios geográficos donde intervienen; de esta manera afirmamos que estos actores sociales intervienen en los territorios desde una “territorialidad extractiva” que desplaza, arrincona y despoja a otras formas subalternas de habitar y practicar el territorio.

Conclusiones

Las identidades sociales aparecen como categorías móviles y fluidas en un proceso de reconfiguración que aparece influenciado por dimensiones estructurales- económicas, políticas, culturales, etc.- y dimensiones subjetivas ligada las dinámicas de la acción colectiva en su doble faceta de *visibilidad* y *latencia*, en estos casos los momentos de latencia implican los procesos de territorialización. Así, con diversas limitaciones, contradicciones y potencialidades, inherentes a todo “campo de experimentación social”, los movimientos sociales conforman un entramado de proyectos autogestionados, demandas políticas y sociales de autonomía y/o autogestión; y formas de acción colectiva que marcan y reconstruyen un territorio determinado; intentando articular así una novedosa y particular manera de practicar y habitar el territorio y utilizar los recursos naturales, así como conformando una apuesta hacia nuevas formas de vivir en comunidad. El territorio aparece, entonces, como un espacio de subjetivación para los movimientos sociales que habilita la reconstitución del tejido comunitario a través de la doble experiencia de la acción colectiva: el momento de la *visibilidad* en los cortes de ruta y las movilizaciones, como también el momento de la *latencia* desplegado en el territorio por los proyectos comunitarios, productivos y los procesos de regeneración cultural y productiva que realizan, con sus particularidades, los movimientos socio-territoriales latinoamericanos. En efecto, si bien es cierto que cada vez que un movimiento social realiza acciones colectivas de protesta en el espacio público pone en juego su propia identidad; también, como intentamos demostrar en este trabajo, podemos afirmar que el territorio - disputarlo, habitarlo, practicarlo, transformarlo- también consolida y/o reifica este proceso identitario, complementa la resignificación identitaria que brinda la visibilidad de la acción colectiva, la complejiza y la enriquece. Es así, como estos dos momentos de la acción colectiva se retroalimentan y transforman mutuamente en el marco de los proyectos emancipatorios de los movimientos sociales anclados en los territorios.

El despliegue territorial de los movimientos sociales implica entonces nuevas prácticas políticas y económicas que, junto a novedosas formas de acción colectiva, religan a diferentes actores sociales excluidos, que con sus propias prácticas ensayan la constitución de nuevos modos de vivir en sociedad, por fuera de los límites tradicionalmente fijados por la institucionalidad del Estado-Nación. Al mismo tiempo, el reordenamiento territorial que realizan las empresas multinacionales con su lógica extractiva y mercantilizadora de los recursos naturales excluye a la mayoría de la población de la región. Así, el sentido último y estratégico de la territorialidad de los movimientos sociales pareciera ser la

conformación de un nuevo orden social en y desde el territorio en disputa, reconfigurando no sólo la relación y el uso de la tierra y los recursos naturales, sino reconstruyendo los lazos sociales y resignificando las lógicas de gobierno y representación política, es decir, la gestión de la propia comunidad. Es de esta manera que afirmamos que los movimientos sociales que se territorializan habilitan la posibilidad de mantener, desde la *latencia*, sus características disruptivas con el sistema institucional, conformando en el territorio un esquema performativo de nuevos modos societales. A estos esquemas performativos los conceptualizamos como “campos de experimentación social” (de Sousa Santos, 2003) ligados a nuevas formas de autogestión territorial, que habilitan a estos movimientos sociales una perdurabilidad disruptiva anclada en el territorio; proceso que permite superar la denominada “encrucijada de los movimientos sociales” que plantea una dicotomía entre la opción “institucionalizadora” o la opción “autorreferencial” restringida a los reclamos sectoriales de los movimientos sociales.

En definitiva, lo que se reconstruye a partir de las acciones colectivas y del proceso de territorialización es un sentido de pertenencia social. Más aún, podemos afirmar que el devenir del propio movimiento social anclado en el territorio, entre la *visibilidad* y la *latencia*, es el que habilita la reconstrucción de los lazos perdidos, de las identidades desmanteladas por esas condiciones estructurales que si bien condicionan, no determinan un proceso social dado ni tampoco determinan en una dirección unívoca la conformación de ciertas identidades sociales. Son, entonces, las propias acciones colectivas y el “habitar” los territorios los que otorgan y reifican las identidades de los sujetos. Es, en este sentido, que hablamos de la “politicidad” de los movimientos sociales, ya que éstos no operan en esta esfera únicamente cuando irrumpen en el espacio público, sino que lo hacen cotidianamente con sus prácticas territoriales, allí donde los actores sociales reifican sus identidades. Esta característica de la territorialidad de los movimientos sociales, que surge a partir de las propias experiencias de distintas organizaciones sociales de América Latina, puede vislumbrarse en diversos movimientos campesinos y de pueblos indígenas; pero también en algunos movimientos de trabajadores desocupados, movimientos ambientalistas, fábricas recuperadas por sus trabajadores, movimientos barriales/vecinales, etc. Es a estos movimientos a los que podemos caracterizar como movimientos “socio-territoriales” o “territorializados”; donde la territorialidad radica en la reapropiación social, cultural, económica y política de un espacio geográfico determinado. Es en ese espacio habitado y practicado socialmente donde estos movimientos sociales construyen proyectos disruptivos con, por lo menos, alguna de las dimensiones del orden social económico, cultural, político, educativo, sanitario, etc.

Es en este sentido que utilizamos la idea de “territorios insurgentes” para nominar a aquellos espacios geográficos que son habitados y practicados preponderantemente por las lógicas particulares de los movimientos sociales territorializados, por las lógicas subalternas que se basan en la reciprocidad con la naturaleza, en la construcción de autonomía y autogestión de los territorios y los

recursos naturales, en el entramado de formas alternativas de producción y distribución del trabajo y la economía. Estos “territorios insurgentes” mantienen las tensiones y conflictos con la “territorialidad extractiva” que es la actual lógica territorial hegemónica del sistema/mundo capitalista/colonial, ligada a la extracción y el uso ilimitado de los recursos naturales estratégicos-hidrocarburos, agua, biodiversidad, recursos forestales, etc.- y a la devastación de las formas alternativas de practicar y habitar esos territorios. En efecto, la “territorialidad extractiva” y los “territorios insurgentes” aparecen como lógicas mutuamente excluyentes y en permanente conflicto. Allí, en algún lugar entre la visibilidad y la latencia, entre el territorio y la ruta; en algún momento entre la acción y la estructura; entre la autonomía y la heteronomía; en algún lugar entre la nostalgia y el porvenir; está, se construye, ese momento disruptivo y creativo de los sujetos que permite construir nuevas identidades sociales y nuevas condiciones de posibilidad de la propia existencia. Entrecruzados entre estos tiempos, espacios y conceptos se encuentran estos procesos que habilitan la construcción de nuevos mundos de vida y “campos de experimentación social”; experiencias posibles ya por el sólo hecho de irrumpir en la escena pública y reconstruir territorios. Éste es el momento más interesante de los movimientos sociales, el de la creación y la experimentación política y social. Ese tiempo y ese lugar, topográfico a la vez que político, donde se reifican las identidades y los lazos sociales. Ese espacio-tiempo donde todo, incluso lo imposible, es posible.

Bibliografía

AboyCarlés, Gerardo (2005) "Identidad y diferencia política", en Schuster, F.; Naishtat, F.; Nardacchione, G. y Pereyra, S. (Comps.) *Tomar la palabra. Estudios sobre protesta social y acción colectiva en la Argentina contemporánea*, Buenos Aires, Prometeo.

Anderson, Benedict (2007), *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y difusión del nacionalismo*, Fondo de Cultura Económica, México.

Argumedo, Alcira (2004) "Naciones y miradas de la historia" en Vernik, E. (Comp.) *Qué es una nación. La pregunta de Renan revisitada*, Buenos Aires, Prometeo.

Calderón, Fernando (1995) *Movimientos sociales y política. La década de los ochenta en América Latina*, Siglo XXI, México.

Castel, Robert (2004) *La inseguridad social: ¿Qué es estar protegido?*, Buenos Aires, Ediciones Manantial.

Castells, Manuel (1974) *Movimientos sociales urbanos*, Madrid, Siglo XXI Editores.

Ceceña, Ana Esther (2001a) "El Nuevo pensamiento y la transformación de la lucha en la Argentina. Entrevista con Víctor De Gennaro." en *Revista Chiapas*, N° 11, Ediciones Era, México.

Ceceña, Ana Esther (2001b) "La territorialidad de la dominación. Estados Unidos y América Latina" en *Revista Chiapas*, N° 12, Ediciones Era, México.

Ceceña, Ana Esther (2004) *Hegemonías y emancipaciones en el siglo XXI*, Buenos Aires, CLACSO.

Ceceña, Ana Esther (2008) *Derivas del mundo en el que caben todos los mundos*, México, CLACSO – Siglo XXI Editores.

Chiaramonte, José Carlos (2004) *Nación y Estado en Iberoamérica*, Buenos Aires, Sudamericana.

Dávalos, Pablo (Comp.) (2005) *Pueblos indígenas, Estado y Democracia*, Buenos Aires, CLACSO.

De Ípola, Emilio (1997) *Las cosas del creer. Creencia, lazo social y comunidad política*, Buenos Aires, Ariel.

De Ípola, Emilio (2001) *Metáforas de la política*, Rosario, Homo Sapiens.

de Sousa Santos, Boaventura (2003) *Crítica de la razón indolente: contra el desperdicio de la experiencia*, Bilbao, Desclée de Brouwer.

de Sousa Santos, Boaventura (2010) *Refundación del Estado en América Latina. Perspectivas desde una epistemología del Sur*, Buenos Aires, Antropofagia.

Esteva, Gustavo (2000) "Desarrollo" en Viola Andreu (Comp.) *Antropología del desarrollo. Teoría y estudios etnográficos en América Latina*, Barcelona, Paidós.

Giarracca, N. y Gras, C. (2001) "Conflictos y protestas en la Argentina de finales del siglo XX" en Giarracca, N. (Comp.) *La protesta social en la Argentina. Transformaciones económicas y crisis social en el interior del país*, Buenos Aires, Alianza.

Giarracca, N. y Wahren, J. (2005) "Territorios en disputa: Iniciativas productivas y acción política en Mosconi, Argentina" en *Observatorio Social de América Latina*, Nº 16, CLACSO, Buenos Aires.

Giarracca, Norma, (Comp.) (2001) *La protesta social en la Argentina. Transformaciones económicas y crisis social en el interior del país*, Buenos Aires, Alianza.

Giddens, Anthony (1987) *Las nuevas reglas del método sociológico*, Buenos Aires, Amorrortu Editores.

Hadad, Gisela y Gómez, Abel (2007) "Territorio e identidad. Reflexiones sobre la construcción de territorialidad en los movimientos sociales latinoamericanos", *IV Jornadas de Jóvenes Investigadores del Instituto de Investigaciones Gino Germani*, septiembre 2007, Buenos Aires.

Halperín Donghi, Tulio (1998) *Historia contemporánea de América Latina*, Buenos Aires, Alianza.

Halperín Donghi, Tulio (2005) *Revolución y Guerra. Formación de una élite dirigente en la Argentina criolla*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Harvey, David (2005) "El "nuevo" imperialismo: acumulación por desposesión", en *Socialist Register 2004: El nuevo desafío imperial*, Merlin Press - CLACSO, Buenos Aires.

Laclau, Ernesto (2000) *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*, Buenos Aires, Nueva Visión.

Laclau, Ernesto y Mouffe, Chantal (2004) *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

Lander, Edgardo (Comp.) (2003) *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*, Buenos Aires, CLACSO.

Leff, Enrique (2007) *Saber ambiental: sustentabilidad, racionalidad, complejidad, poder*, México, Siglo XXI.

MançanoFernandes, Bernardo (2005), "Movimientos socio – territoriales y movimientos socio - espaciales" en *Observatorio Social de América Latina*, N°16, CLACSO, Buenos Aires.

Melucci, Alberto (1994a) "Asumir un compromiso: identidad y movilización en los movimientos sociales" en *Zona Abierta*, N° 69, Madrid.

Melucci, Alberto (1994b) "¿Qué hay de nuevo en los 'nuevos movimientos sociales'?" en Lasaña, C. y Guefield, J. (Ed.) *Los nuevos movimientos sociales. De la ideología a la identidad*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS).

Merklen, Denis (2005) *Pobres ciudadanos. Las clases populares en la era democrática (Argentina, 1983-2003)*, Buenos Aires, Editorial Gorla.

Munck, Gerardo (1995) "Algunos problemas conceptuales en el estudio de los movimientos sociales", en *Revista Mexicana de Sociología*, Año LVII/Núm. 3, Julio-Septiembre, UNAM, México.

Porto Gonçalves, Walter (2001) *Geo-grafías. Movimientos sociales, nuevas territorialidades y sustentabilidad*, México, Siglo XXI Editores.

Porto Gonçalves, Walter (2002) "Da geografia ás geo-grafías: um mundo em busca de novas territorialidades" en Ceceña, A. E. y Sader, E. (Coord.) *La guerra infinita. Hegemonía y terror mundial*, Buenos Aires, CLACSO.

Quijano, Aníbal (2003) "Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina" en Lander, E. (Comp.) *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*, Buenos Aires, CLACSO.

Ranciére, Jacques (2007) *El desacuerdo. Política y filosofía*, Buenos Aires, Nueva Visión.

Revilla Blanco, Marisa (1994) "El concepto de movimiento social: acción, identidad y sentido" en *Zona Abierta*, N° 69, Madrid.

Schuster, F.; Naishtat, F.; Nardacchione, G. y Pereyra, S. (Comps.) (2005) *Tomar la palabra. Estudios sobre protesta social y acción colectiva en la Argentina contemporánea*, Buenos Aires, Prometeo.

Segato, Rita (2007) *La Nación y sus Otros. Raza, etnicidad y diversidad religiosa en tiempos de Políticas de la Identidad*, Buenos Aires, Prometeo.

Svampa, Maristella (2008) *Cambio de época. Movimientos sociales y poder político*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores y CLACSO.

Tapia, Luis (2008) *Política Salvaje*, Buenos Aires, Muela del Diablo-CLACSO.

Tarrow, Sidney. (2009) *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*, Madrid, Alianza.

Touraine, Alain (1990) *Movimientos sociales de hoy, actores y analistas*, Barcelona, Hacer.

Unger, Roberto (1987) *False Necessity. Anti-Necessitarian Social Theory in the Service of Radical Democracy*, Cambridge University Press, Nueva York.

Wahren, Juan (2008) "Construyendo territorios: Corporaciones, movimiento social y proyectos autogestionados en Mosconi, Salta (Argentina)" en MançanoFernandes, Bernardo (Org.) *Campesinato e agronegócio na América Latina: a questão agrária atual*, San Pablo, CLACSO-Expressão Popular.

Zavaleta Mercado, René (2008) *Lo nacional popular en Bolivia*, La Paz, Plural.

Zibechi, Raúl (2003a) *Genealogía de la revuelta. Argentina: la sociedad en movimiento*, Buenos Aires, Letra Libre-Nordan Comunidad.

Zibechi, Raúl (2003b) "Los movimientos sociales latinoamericanos: tendencias y desafíos" en *Observatorio Social de América Latina*, Nº 9, CLACSO, Buenos Aires.

Zibechi, Raúl (2006a) "Movimientos sociales: nuevos escenarios y desafíos inéditos" en *Observatorio Social de América Latina*, Nº 21, CLACSO, Buenos Aires.

Zibechi, Raúl (2008) *Territorios en resistencia. Cartografía política de las periferias urbanas latinoamericanas*, Buenos Aires, Lavaca Ediciones.

¹ Sociólogo, Magíster en Investigación en Ciencias Sociales, doctorando en Ciencias Sociales, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires (FSOC-UBA). Integrante del Grupo de Estudios de los Movimientos Sociales de América Latina (GEMSAL) del Instituto de Investigaciones "Gino Germani" –FSOC, UBA.

²Unger, 1987; Touraine, 1990, Munck, 1995; entre otros.

³La noción de abigarramiento social proviene del pensador boliviano René Zavaleta Mercado (2008) quien la trabaja para explicar la sociedad boliviana y, en parte, la sociedad latinoamericana.